

sus creencias y obligaciones. Así, sin duda, existe una religion natural, ó conforme á la naturaleza del hombre y de todos los hombres, apropiada á sus necesidades y facultades; religion, cuyas bases esenciales se encuentran por consiguiente en todos los pueblos ó en la sociedad del género humano, y que, como todos los conocimientos necesarios, se perpetúa por la tradicion.

No es posible observar y apreciar lo bastante este orden universal de transmision, en el cual todo se conserva por una enseñanza exterior, y todo comienza por una verdadera revelacion, sin exceptuar el pensamiento; porque este no se desenvuelve en cada uno de nosotros sino con ayuda de la palabra, que nos revela ó nos manifiesta la razon de otro. Y, pues que esta ley es nuestra naturaleza misma, toda religion que se opusiere á ella seria una religion contraria á la

καὶ γὰρ ὕδατος προγοαί, καὶ τὰ ἄλλα φυτὰ τῆς γῆς ῥιζῆς ἀποκοπέντα ἀπαίεται καὶ σήπεται.

DEMOPHIL. *Sententiae pythagoricae*, p. 40, Lipsiæ, 1744,
y PLATO. *De legib.*, lib. III, y STRAB., lib. XVI.

naturaleza, y la religion natural es necesariamente revelada. ¿Cómo conocemos nosotros los nombres mismos de *religion*, *Dios*, *eterno*, *infinito*, *justicia*, *obligaciones*, etc. Sino porque los habemos aprendido, porque forman una parte del idioma que se nos ha enseñado? ¿Los habriamos inventado nosotros? ¿ó, sin ellos, tendríamos las ideas que ellos expresan? Y si es imposible que hayan sido inventados jamas, por necesaria consecuencia, es preciso que el primer hombre que nos los ha transmitido, los recibiese él mismo de boca del Criador; y asi es como encontramos en la palabra infalible de Dios el origen de la Religion y de la tradicion que la conserva.

« Si algunos pueblos modernos tienen una creencia menos
« absurda y mas racional que la que reinó por mucho tiempo en
« el mundo pagano; si tambien algunos filósofos de la antigüedad
« han dictado y enseñado máximas conformes á la naturaleza de
« Dios y del hombre; á la verdadera Religion, ó á una antigua
« tradicion, es á quien unos y otros deben las verdades que han
« abrazado ó defendido. Y esta tradicion venia originariamente
« de una revelacion divina, como lo han demostrado muchos
« buenos autores, tales como Voisin, Pfanner, Bochart, Huet,
« Kirker, Thomassin, Clarke, Cudworth, Stanley, Brucker,

En efecto, subamos hasta las primeras edades del mundo; en medio de los errores locales y pasajeros, veremos siempre las mismas creencias, aquellas que todavía hoy son el fundamento de las nuestras, extendidas universalmente; y, sea cual fuere la época en que se pretenda fijar su invención, la historia la desmentirá.

No, no, el hombre no ha inventado las leyes de su ser; y tampoco es, contemplándose á sí mismo, como él descubre la razón infinita de donde la suya emana, la causa eterna de todo lo que existe*. ¿Siendo contingente y limitado,

« Ramsay, Purchass, Stillingfleet, Leland, Burnet, Dickinson, Schuckford, Goguet, Ansaldo, y otros literatos hábiles. » (*Les Titres primitifs de la révélation, par le P. Gabriel Fabricy, tom. 1. Disc. prelim., pág. XXXIX—XLI. Roma, 1772.*) « Luego una soberana inteligencia creadora, fué la que hizo conocer por sí misma á los primeros hombres, por otra vía muy distinta de la del raciocinio, estas verdades fundamentales esparcidas en los monumentos de las naciones. De consiguiente ha sido el teísmo base de la religión primitiva entre los hombres. » *Ibid.*, pág. LVIII.

* Aquellos cristianos que pretenden que cada hombre encuentra en sí, sin el socorro de ninguna otra enseñanza, los dogmas y preceptos de la religión primitiva que ellos llaman *natural*; estos, digo, se apoyan en la autoridad de S. Pablo, en su epístola

dónde podía hallar en sí mismo la idea de la soberana perfección? Apenas los mejores talentos

á los Romanos. Pero examinando con cuidado el pasaje que ellos citan, desde luego se verá no decide á favor suyo. El texto del apóstol dice: *Cum enim gentes quæ legem non habent, naturaliter ea quæ legis sunt, faciunt, ejusmodi legem non habentes, ipsi sibi sunt lex: qui ostendunt opus legis scriptum in cordibus suis, testimonium reddente illis conscientia ipsorum, et inter se invicem cogitationibus accusantibus, aut etiam defendentibus.* « Las naciones que no tienen la ley (de Moises), cumplen naturalmente los preceptos de la ley; estos (ὄντες), no teniendo la ley, son ellos la ley para sí mismos, muestran la obra de la ley escrita en su corazón, dándoles testimonio su conciencia, y acusándose y defendiéndose sus pensamientos los unos á los otros. » *Epist. ad Rom.*, II, 14 y 15.

Resulta de las palabras de S. Pablo: 1º Que existe en todas las naciones una ley moral; 2º Que esta ley es *natural*, ó conforme á la naturaleza; 3º Que está escrita en el corazón; 4º Que la conciencia la reconoce y la da testimonio. Concluir de aquí que esta ley, para ser conocida, no necesita ser enseñada, es hacer decir al apóstol lo que no ha dicho, es añadir una opinión á una verdad cierta.

La ley de que habla S. Pablo es universal; pertenece á todos los pueblos, *gentes*. ¿Se sigue de aquí que el conocimiento es innato en cada hombre? ¿Por qué no le ha de venir este conocimiento, como el de todas las demás verdades universales, por la sociedad en quien están depositadas? Una vez conocida, se graba en el corazón, se convierte allí en un sentimiento, y este sentimiento es lo que se llama *conciencia*.

Esta explicación sencillísima, y que concilia el texto del apóstol con otros textos formales de la Escritura, y con lo que nos enseña

la comprenden, cuando se les explica; y la palabra que eleva nuestra inteligencia hasta la fuente

la experiencia de todos los tiempos, adquiere una gran fuerza, comparando el pasaje citado con otro, en que S. Pablo dice igualmente que la ley evangélica (ley revelada y conocida solamente por el medio exterior de la enseñanza) *está escrita en nuestros corazones.* — *Manifestati*, escribe á los Corintios, *quod epistola estis Christi, ministrata à nobis, et scripta non atramento, sed spiritu Dei vivi: non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis carnalibus.* (Epist. II ad Corinth., III, 5.) Del mismo modo Dios, anunciando la nueva ley por boca del profeta Jeremías, decía: « Yo grabaré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en su corazón. » *Dabo legem meam in visceribus eorum, et in corde eorum scribam eam.* (JEREM., XXXI, 33.) ¿Cómo se cumplió esta promesa? Por la predicación evangélica. La palabra es la que ha escrito la ley evangélica en los corazones. *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.* Epist. ad Rom., X, 17.

Si del primer pasaje se infiere, que todos los hombres encuentran en sí mismos la Religión primitiva, es preciso concluir del segundo, que todos los cristianos hallan también en sí mismos la Religión de Jesucristo, lo que es manifestamente falso. El mismo S. Pablo enseña con toda claridad que la verdad se revela primero al entendimiento, de donde luego pasa al corazón. « El Señor ha dicho: Yo pondré en su alma el conocimiento de mis leyes, y yo las escribiré en su corazón. » *Dicit Dominus: Dabo leges meas in mentem eorum, et in corde eorum superscribam eas.* (Epist. ad Hebr., VIII, 10.) — « Los hombres no nacen cristianos, se hacen, » *funt, non nascuntur christiani*, dice Tertuliano. *Apolog.*, cap. XVIII.

de la verdad, mostrándole á Dios, siendo bastante poderosa para crear la fe, no produce, ni con mucho, en el entendimiento de todos los hombres, el mismo grado de luz. Todos creen del mismo modo y con igual certeza, aunque no conciben el objeto de su creencia, ni con una extensión igual, ni con la misma claridad.

Los deistas, y aquellos que sin serlo sostienen imprudentemente el mismo sistema con el nombre de religión natural, hacen de esta ley necesaria del hombre inteligente una especie de instinto imposible de definir, como lo hemos hecho ver al principio de esta obra, impugnando el deísmo. Recordemos las innumerables contradicciones de sus defensores, sus perpetuas variaciones, y sus impotentes esfuerzos para establecer una doctrina cualquiera. Jamás pueden presentar sino opiniones individuales desprovistas de autoridad, de base y de sanción. Unas veces se apoyan sobre el sentimiento, otras en el raciocinio; y al punto viene cada uno con su sentimiento y su raciocinio á proponer la religión que él ha formado, y que no tiene derecho para su-

poner mejor, ni mas cierta, que las de los otros. No pudiendo por tanto los deistas exigir la fe de ningun dogma, ni la obediencia á algun precepto, caen, si son consecuentes, en la indiferencia hácia todas las verdades, y sobre todos los deberes.

¿Es posible que se mire sin horror semejante consecuencia, que haya espiritus tan osados, ó tan ciegos que no den paso atras á vista de este abismo? ¿Cuál es, pues, el poder de las preocupaciones y de la obstinacion? Se abraza un principio, se le sigue, se llega á un precipicio, y hay quien quiera mas bien sumergirse en él, que reconocer que se ha engañado. ¿Dónde encuentra el hombre esta fuerza impía? Temblando me lo pregunto á mi mismo, y tiemblo todavía mas con la respuesta: En sí mismo, en su orgullo.

¿Cuántos errores se evitarían si, en vez de tomar su propia razon por guia, se dejasen conducir por el sentido comun ó la razon de todos? El pueblo, en su ignorancia, es mas sabio que los filósofos, porque no cierra los ojos á esta luz verdaderamente natural, que resplandece en

medio del mundo*. El no se figura que encuentra en sí mismo la ley que deba regirle: se le enseña y la cree; y cuando se engaña, sus errores nacen de la violacion misma del principio de sus creencias, porque obedece á una autoridad particular, sea individual, sea nacional, con preferencia á otra mayor.

* Esto es lo que dice el mismo Rousseau; porque ningun filósofo ha juzgado mejor la filosofía. La exactitud y fuerza de su talento le atraía hácia la verdad, al mismo tiempo que su orgullo la repelia siempre: triste y notable ejemplo de lo que puede la voluntad sobre las creencias. « El filósofo, » dice, « que se jacta de penetrar en los secretos de Dios, se atreve á asociar su pretendida sabiduría á la sabiduría eterna: él aprueba, censura, corrige, prescribe leyes á la naturaleza, y limites á la Divinidad. » y entre tanto que pagado de sus vanos sistemas, se consume trabajando en arreglar la máquina del mundo, el labrador que ve el sol y la lluvia alternativamente fertilizar sus campos, admira, alaba y bendice la mano de que recibe estos favores, sin meterse en el modo con que se le conceden. No procura justificar sus vicios con su incredulidad: no censura las obras de Dios, y no insulta á su Señor para hacer ostentacion de su suficiencia. Nunca el dicho impío de Alfonso X hubiera ocurrido á un hombre vulgar: estaba reservada esta blasfemia para la boca de un sabio. Mientras que la sabia Grecia estaba llena de ateos, Eliano observaba que, nunca ningun bárbaro puso en duda la existencia de la Divinidad. » *Réponse au Roi de Pologne. Mélanges*, tom. IV, p. 252. 253. Edic. de Paris, 1795.

Esta consideracion nos presenta una nueva prueba de que la verdadera Religion fué revelada en su origen; y la razon es clara, pues que, siendo la autoridad el medio general, el medio único, por el cual los hombres todos han podido reconocer siempre, con certeza, la Religion;

Nostra opinio et noster sensus sæpè nos fallit, et modicum videt: « Nuestra razon y nuestro sentimiento ven poco, y « nos engañan con frecuencia, » dice el piadoso autor de la *Imitacion*, en el capítulo de la *Doctrina de la verdad*, lib. I, cap. III, y el pasaje de Fenelon que vamos á copiar no es mas que la consecuencia de estas palabras simples y profundas. « Todos « los hombres, y especialmente los ignorantes, tienen necesidad « de una autoridad que decida, sin darles lugar á discusiones de « que son visiblemente incapaces..... No habria provisto Dios á « esta necesidad de casi todos los hombres, si no les hubiese dado « una autoridad infalible, para ahorrarnos una indagacion imposi- « ble, y preservarlos de engañarse en ella. El hombre ignorante, « pues, que conoce la bondad de Dios, y que siente su propia im- « potencia, debe suponer esta autoridad dada por Dios, y bus- « carla humildemente para someterse á ella sin razonar..... Por « otra parte, los sabios tambien tienen una necesidad infinita de « ser humillados y de sentir su incapacidad. A fuerza de razonar « dudan mas que los ignorantes: disputan interminablemente en- « tre sí, y se encaprichan en las opiniones mas absurdas; tienen « pues, tanta necesidad, como el pueblo mas simple, de una au- « toridad suprema que humille su presuncion, que corrija sus « preocupaciones, que termine sus disputas, que fije sus incerti- « dumbres, que los concilie entre sí, y que los reuna con la mul-

es necesario elevarse muy alto sobre el hombre, hasta una autoridad primera, que no puede ser otra que el mismo Dios, que enseñó á su criatura todo lo que era necesario que supiese, y fundó así la sociedad que debia eternamente existir entre ella y él. Figuraos, si es posible, una sociedad sin legislador que hable y que mande, deberes que haya obligacion de descubrir por medio de la razon, y que no dependen sino de ella, leyes obligatorias que no hayan sido promulgadas, y de las cuales cada uno deba hallar en sí la sancion y la certidumbre. Nosotros preguntamos, ¿hay nada que repugne mas al buen sentido, á esta razon misma encargada de crear la legislacion toda del hombre, y las obligaciones de su espíritu, de su corazon y de sus sentidos? ¿Y qué vienen á ser estas obligaciones, sino las relaciones que se derivan de la naturaleza de

« titud. » (*Lettres sur divers sujets concernant la Relig. et la Métaphys.*, 1.^{re} lettre, part. III.) — « A medida que la razon se « perfecciona..... se reconoce..... que es digno de la soberana sa- « biduria conducir á los hombres por la senda de la autoridad, y « no por la de la inteligencia. » *Quest., sur l'Incrédulité*, par M. l'évêque du Puy, pág. 68, 69.

Dios y de la del hombre? Es preciso, pues, que cada hombre, para percibir estas relaciones, conozca claramente su propia naturaleza y la naturaleza de Dios, que no pueda engañarse en las consecuencias que deduzca de estas dos nociones, que su juicio sea infalible, y su entendimiento infinito. ¡Qué absurdos tan prodigiosos! Finalmente, esto es lo que algunos filósofos han querido llamar religion natural *.

Pero hay una voz que hace enmudecer todas las que se atreven á levantarse contra el hecho brillante de una revelacion primitiva, y esta voz es la del género humano †. Vosotros, pueblos

* Los teólogos católicos tienen mas motivo para desechar este falso sistema; porque, si la Religion no se apoya sino en el testimonio de la razon humana, ¿dónde encontrarán el fundamento de la fe divina? ¿No ven que exigen del hombre una fe infinita en su razon? y, aun cuando la consiguiesen, creer al hombre, no es seguramente creer á Dios. Sola la revelacion lo explica todo, lo afirma todo, colocando á Dios, como Criador y Legislador, á la cabeza de todos los seres, de todas las verdades, y de todas las leyes.

† Es importante observar que los incrédulos que no son mas que deistas niegan, como los ateos, la creencia de todo el género humano. ¿Hay muchos entre ellos que confiesen el libre albedrío y la inmortalidad del alma, estos dogmas generalmente re-

del universo que habeis recibido, de siglo en siglo, tradiciones que se remontan hasta el origen de los tiempos, naciones á quienes fué confiado este depósito sagrado, yo os conjuro á todas, venid y decidnos, si jamas habeis pensado que la Religion fuese obra del hombre, una produccion de su talento, ó un sentimiento de su corazon, anterior á toda instruccion; y si por el contrario, no creísteis siempre que, revelada primitivamente por Dios, se perpetuaba en la sociedad por una enseñanza exterior, repitiendo el padre á sus hijos lo que él habia oido á sus

« cibidos, y tan odiosos á la incredulidad? Pretenden, ya que no
« sea otra cosa, y sin esto no serian incrédulos, que Dios no reci-
« be honor de una religion particular, ni ultrage de ningun otro
« culto, que jamas ha revelado ningun misterio, ni prescripto
« otra ley que aquella que traemos en nosotros mismos al nacer.
« Mas el universo todo está persuadido de lo contrario. El no está
« todavía sometido, en todos los pueblos que le habitan, á la au-
« toridad del Evangelio. Pero todos estos pueblos.... hasta los
« mas bárbaros, adoran una Divinidad, la ofrecen votos y sacrifi-
« cios, y creen, ofreciéndolos, obedecer su voluntad declarada
« expresamente. Así, cuando los deistas no quieren abrazar, ni
« admitir ninguna religion revelada, no se oponen menos al gé-
« nero humano, que si, declarándose ateos, no reconociesen un
« Dios. » *Quest. sur l'Incrédulité, par M. l'évêque du Puy,*
III cuest., pág. 157, 158.

padres, y transmitiéndoles la verdad como les habia transmitido la vida? ¿Decidnos, si nunca habeis reconocido en cada particular el derecho de formarse á sí mismo su religion, la facultad de descubrir por sí solo las leyes de su inteligencia, la regla de sus creencias y de sus costumbres? ¿Decid, si vuestras ideas de justicia, de obligacion moral, y de deberes, no se apoyaban sobre la de un legislador supremo, que habia originariamente manifestado su existencia y promulgado sus mandamientos; y si no os parecia, oyendo la tradicion, oír todavía la voz de Dios que habla á nuestros primeros padres, é instruye en ellos á todas las edades?

He aquí, no lo dudemos, la religion natural, pues que ella no es, ni menos antigua, ni menos invariable que nuestra naturaleza, y pues que el género humano, todo, la proclama y la rinde homenaje. Vosotros, pues, los que rehusais reconocerla, ó que quereis colocarla sobre una base tan endeble como la razon individual, separaos del género humano, desmentid á todos los pueblos, negad lo que ellos atestiguan; y, semejantes á aquellos príncipes orgullosos que se edi-

fican soledades, dice Job, *para reposar allí en su sueño*; edificad lejos de todos los hombres el templo solitario de vuestra religion, que no será mas que un sepulcro, en el cual vuestra alma, privada de la verdad, que es su vida, reposará tambien en su sueño, hasta el dia en que, despertada por una voz formidable, se verá repentinamente en presencia de su juez y de su Dios.

Job, III, 15 y 14.